

CARTA A TODA LA ORDEN

[CtaO]

¹En el nombre de la suma Trinidad y de la santa Unidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amén.

²A todos los reverendos y muy amados hermanos, a fray A., ministro general de la religión de los Hermanos Menores, su señor, y a los demás ministros generales que lo serán después de él, y a todos los ministros y custodios y sacerdotes de la misma fraternidad, humildes en Cristo, y a todos los hermanos sencillos y obedientes, primeros y últimos, ³el hermano Francisco, hombre vil y caduco, vuestro pequeñuelo siervo, os desea salud en aquel que nos redimió y *nos lavó en su preciosísima sangre* (cf. Ap 1,5); ⁴al oír su nombre, adoradlo con temor y reverencia, *rostro en tierra* (cf. 2 Esd 8,6); su nombre es Señor Jesucristo, *Hijo del Altísimo* (cf. Lc 1,32), *que es bendito por los siglos* (Rom 1,25).

⁵Oíd, señores hijos y hermanos míos, y *prestad oídos a mis palabras* (Hch 2,14). ⁶*Inclinad el oído* (Is 55,3) de vuestro corazón y obedeced a la voz del Hijo de Dios. ⁷Guardad en todo vuestro corazón sus mandamientos y cumplid perfectamente sus consejos. ⁸*Confesadlo, porque es bueno* (Sal 135,1), y *ensalzadlo en vuestras obras* (Tob 13,6); ⁹*porque por esa razón* os ha enviado al mundo entero, para que de palabra y de obra deis testimonio de su voz y hagáis saber a todos que *no hay omnipotente sino él* (cf. Tob 13,4). ¹⁰*Perseverad en la disciplina* (Heb 12,7) y en la santa obediencia, y lo que le prometisteis con bueno y firme propósito cumplidlo. ¹¹*Como a hijos se nos ofrece el Señor Dios* (Heb 12,7).

¹²Así pues, os ruego a todos vosotros, hermanos, besándoos los pies y con la caridad que puedo, que manifestéis toda reverencia y todo honor, tanto cuanto podáis, al santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, ¹³en el cual las cosas que hay en los cielos y en la tierra han sido pacificadas y reconciliadas con el Dios omnipotente (cf. Col 1,20).

A los hermanos sacerdotes

¹⁴Ruego también en el Señor a todos mis hermanos sacerdotes, los que son y serán y desean ser sacerdotes del Altísimo, que siempre que quieran celebrar la misa, puros y puramente hagan con reverencia el verdadero sacrificio del santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, con intención santa y limpia, y no por cosa alguna terrena ni por temor o amor de hombre alguno, como para agradar a los hombres (cf. Ef 6,6; Col 3,22); ¹⁵sino que toda la voluntad, en cuanto la gracia la ayude, se dirija a Dios, deseando agradar al solo sumo Señor en persona, porque allí solo él mismo obra como le place; ¹⁶porque, como él mismo dice: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1 Cor 11,24); si alguno lo hace de otra manera, se convierte en Judas el traidor, y se hace *reo del cuerpo y de la sangre del Señor* (cf. 1 Cor 11,27).

¹⁷Recordad, hermanos míos sacerdotes, lo que está escrito de la ley de Moisés, cuyo transgresor, aun en cosas materiales, moría *sin misericordia alguna* por sentencia del Señor (cf. Heb 10,28). ¹⁸*¡Cuánto mayores y peores suplicios merecerá padecer quien pisotee al Hijo de Dios y profane la sangre de la alianza, en la que fue santificado, y ultraje al Espíritu de la gracia!* (Heb 10,29). ¹⁹Pues el hombre desprecia, profana y pisotea al Cordero de Dios cuando, como dice el Apóstol, *no distingue* (1 Cor 11,29) ni discierne el santo pan de Cristo de los otros alimentos y obras, y o bien lo come siendo indigno, o bien, aunque sea digno, lo come vana e indignamente, siendo así que el Señor dice por el profeta: *Maldito el hombre que hace la obra de Dios fraudulentamente* (cf. Jer 48,10). ²⁰Y a los sacerdotes que no quieren poner esto en su corazón de veras los condena diciendo: *Maldeciré vuestras bendiciones* (Mal 2,2).

²¹Oídme, hermanos míos: Si la bienaventurada Virgen es de tal suerte honrada, como es digno, porque lo llevó en su santísimo seno; si el Bautista bienaventurado se estremeció y no se atreve a tocar la cabeza santa de Dios; si el sepulcro, en el que yació por algún tiempo, es venerado, ²²¡cuán santo, justo y digno debe ser quien toca con sus manos, toma en su corazón y en su boca y da a los demás para que lo tomen, al que ya no ha de morir, sino que ha de vivir eternamente y ha sido glorificado, a quien *los ángeles desean contemplar!* (1 Pe 1,12).

²³*Ved vuestra dignidad, hermanos sacerdotes* (cf. 1 Cor 1,26), y sed santos, porque él es santo (cf. Lev 19,2). ²⁴Y así como el Señor Dios os ha honrado a vosotros sobre todos por causa de este ministerio, así también vosotros, sobre todos, amadlo, reverenciadlo y honradlo. ²⁵Gran miseria y miserable debilidad, que cuando lo tenéis tan presente a él en persona, vosotros os preocupéis de cualquier otra cosa en todo el mundo. ²⁶¡Tiemble el hombre

entero, que se estremezca el mundo entero, y que el cielo exulte, cuando sobre el altar, en las manos del sacerdote, está *Cristo, el Hijo del Dios vivo* (Jn 11,27)!²⁷ ¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh humildad sublime! ¡Oh sublimidad humilde, pues el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humilla, que por nuestra salvación se esconde bajo una pequeña forma de pan!²⁸ Ved, hermanos, la humildad de Dios y *derramad ante él vuestros corazones* (Sal 61,9); humillaos también vosotros para que seáis ensalzados por él (cf. 1 Pe 5,6; Sant 4,10).²⁹ Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros, a fin de que os reciba todo enteros el que se os ofrece todo entero.

³⁰ Amonesto por eso y exhorto en el Señor que, en los lugares en que moran los hermanos, se celebre solamente una misa por día, según la forma de la santa Iglesia.³¹ Y si en un lugar hubiera muchos sacerdotes, que el uno se contente, por amor de la caridad, con oír la celebración del otro sacerdote;³² porque el Señor Jesucristo colma a los presentes y a los ausentes que son dignos de él.³³ El cual, aunque se vea que está en muchos lugares, permanece, sin embargo, indivisible y *no conoce detrimento* alguno, sino que, siendo uno en todas partes, obra como le place con el Señor Dios Padre y el Espíritu Santo Paráclito por los siglos de los siglos. Amén.

A todos los hermanos

³⁴ Y, porque el que es de Dios oye las palabras de Dios (cf. Jn 8,47), debemos, en consecuencia, nosotros, que más especialmente estamos dedicados a los divinos oficios, no sólo oír y hacer lo que dice Dios, sino también custodiar los vasos y los demás libros litúrgicos, que contienen sus santas palabras, para que nos penetre la celsitud de nuestro Creador y nuestra sumisión al mismo.³⁵ Por eso, amonesto a todos mis hermanos y los animo en Cristo para que, en cualquier parte en que encuentren palabras divinas escritas, las veneren como puedan,³⁶ y, por lo que a ellos respecta, si no están bien guardadas o se encuentran indecorosamente esparcidas en algún lugar, las recojan y las guarden, honrando al Señor en las palabras *que habló* (3 Re 2,4).³⁷ Pues muchas cosas son santificadas por las palabras de Dios (cf. 1 Tim 4,5), y el sacramento del altar se realiza en virtud de las palabras de Cristo.

³⁸ Además, yo confieso todos mis pecados al Señor Dios, Padre e Hijo y Espíritu Santo, a la bienaventurada María, perpetua virgen, y a todos los santos del cielo y de la tierra, a fray H., ministro de nuestra religión, como a venerable señor mío, y a los sacerdotes de nuestra Orden y a todos los otros hermanos míos benditos.³⁹ En muchas cosas he pecado por mí grave culpa, especialmente porque no he guardado la Regla que prometí al Señor, ni he

rezado el oficio como manda la Regla, o por negligencia, o con ocasión de mi enfermedad, o porque soy ignorante e iletrado. ⁴⁰Por tanto, a causa de todas estas cosas, ruego como puedo a fray H., mi señor ministro general, que haga que la Regla sea observada inviolablemente por todos; ⁴¹y que los clérigos recen el oficio con devoción en la presencia de Dios, no atendiendo a la melodía de la voz, sino a la consonancia de la mente, de forma que la voz concuerde con la mente, y la mente concuerde con Dios, ⁴²para que puedan aplacar a Dios por la pureza del corazón y no recrear los oídos del pueblo con la sensualidad de la voz. ⁴³Pues yo prometo guardar firmemente estas cosas, así como Dios me dé la gracia para ello; y transmitiré estas cosas a los hermanos que están conmigo para que sean observadas en el oficio y en las demás constituciones regulares.

⁴⁴Y a cualesquiera de los hermanos que no quieran observar estas cosas, no los tengo por católicos ni por hermanos míos; tampoco quiero verlos ni hablarles, hasta que hagan penitencia. ⁴⁵Esto lo digo también de todos los otros que andan vagando, pospuesta la disciplina de la Regla; ⁴⁶porque nuestro Señor Jesucristo dio su vida para no perder la obediencia de su santísimo Padre (cf. Fil 2,8).

⁴⁷Yo, el hermano Francisco, hombre inútil e indigna criatura del Señor Dios, digo por el Señor Jesucristo a fray H., ministro de toda nuestra religión, y a todos los ministros generales que lo serán después de él, y a los demás custodios y guardianes de los hermanos, los que lo son y los que lo serán, que tengan consigo este escrito, lo pongan por obra y lo conserven diligentemente. ⁴⁸Y les suplico que guarden solícitamente lo que está escrito en él y lo hagan observar más diligentemente, según el beneplácito del Dios omnipotente, ahora y siempre, mientras exista este mundo.

⁴⁹*Benditos vosotros del Señor (Sal 113,13)*, los que hagáis estas cosas, y que el Señor esté eternamente con vosotros. Amén.

Oración

⁵⁰Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios, danos a nosotros, miserables, hacer por ti mismo lo que sabemos que tú quieres, y siempre querer lo que te place, ⁵¹para que, interiormente purificados, interiormente iluminados y abrasados por el fuego del Espíritu Santo, podamos seguir las huellas (cf. 1 Pe 2,21) de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ⁵²y por sola tu gracia llegar a ti, Altísimo, que, en Trinidad perfecta y en simple Unidad, vives y reinas y eres glorificado, Dios omnipotente, por todos los siglos de los siglos. Amén.